

bían adquirido con tanta gloria y tanta sangre generosamente vertida» (1).

Se acusa á los suecos de haber perdido de vista el objeto primitivo de la lucha, la libertad alemana, para no pensar más que en su interes particular. Aun cuando lo hubieran hecho, los príncipes protestantes no hubieran tenido el derecho de quejarse; ¿no les habian abandonado y hecho traicion sus aliados de Alemania? Pero la acusacion que se dirige á los suecos no tiene siquiera fundamento. Es verdad que hicieron pagar cara á los sajones la traicion de su duque, pero no olvidaron por esto los intereses de la causa protestante; fueron, por el contrario, los defensores obstinados del protestantismo en las negociaciones de Osnabruck, hasta el punto de que los plenipotenciarios franceses, comprometidos por aquel celo ultra-luterano, no cesaban de quejarse: «La intencion de los suecos, dice el conde D'Avaux (2), es implantar la fe de Lutero donde todavía no ha sido éste admitido como un gran apóstol.» Su ambicion seguia siendo la de Gustavo Adolfo: erigir sus posesiones alemanas en electorado, lo cual hubiera dado la mayoría á los protestantes en el colegio de los electores, y contaban con que la eleccion recaeria en un príncipe de Suecia (3). De esta manera quedaria realizada la idea de un imperio luterano, con gran peligro del catolicismo. Estos proyectos fracasaron por la oposicion de la Francia. La Francia no queria ni un imperio protestante, ni un sacro imperio católico; queria la libertad alemana, es decir, el debilitamiento de Alemania. No dejaba de ser interesada esta ambicion; afortunadamente, sobre las pequeñas pasiones del hombre hay un gobierno providencial que hace servir para el bien general de la humanidad el egoismo de los pueblos y de los que dirigen sus destinos.

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. IX, p. 3.

(2) *Memoria del conde de AVAUX*, de 1647. (*Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. IV, p. 34, 29, 27, 59, 38, 62.)

(3) «Quisieran destruir la religion católica», dice el duque de Longueville. (*Negociaciones secretas*, t. IV, p. 83.)

§ V.—La Francia.

N.º 1.—*El gran proyecto de Enrique IV.*

La dominacion napoleónica ha suscitado un ódio ardiente en la raza germánica; los escritores alemanes llevan esta mala pasion hasta el estudio de la Historia. Se complacen en poner de manifiesto la ambicion secular de la Francia tratando de conquistar la frontera del Rhin, el éxito de sus intrigas y de sus armas; acusan á la imprevision, y casi casi á la necedad de sus antepasados que se dejaron engañar por las buenas palabras de sus pérfidos vecinos. ¿Cómo podian creer en la buena fe de un Enrique II, cuando se proclamaba defensor de la libertad alemana? ¿Es acaso la libertad un dón del extranjero? ¿Cómo han podido unirse con Enrique IV para establecer su confederacion europea? ¿No veian que el único objeto del rey gascon era establecer la monarquía universal de los franceses sobre las ruinas del imperio de Alemania? Enrique IV es el verdadero autor de la guerra de los treinta años. El desmembramiento del Imperio, fruto de aquella funesta lucha, manifiesta lo que significa la gran palabra libertad en boca de los reyes de Francia (1).

Habrémos de volver un momento á la cuestion de la cesion de los tres obispados á Enrique II, puesto que todavía mana sangre esta herida en los corazones alemanes. La ambicion de la Francia y la hipocresía de su rey son tan claras como la luz; pero se olvida que, si la libertad alemana fué un oportuno pretexto para los franceses, la opresion que amenazaba á la Alemania bajo el régimen español no tenía nada de quimérica. Se lee en el tratado celebrado entre Enrique II y los príncipes protestantes: «El emperador trata cada vez más de obligar á los príncipes y Estados del imperio á perder su antigua franquicia y libertad, y caer en una

(1) BARTHOLD, *Der grosse deutsche Krieg*, t. 1, p. 2.—F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte*, leccion XVI.

bestial, insoportable y perpétua servidumbre, como ha sucedido en España y en otras partes, de tal suerte que ya ha conseguido una parte de sus propósitos, y si no se le presentaran obstáculos, podría fácilmente dar cima al resto..... Queremos, si Dios lo permite, con fuerza de armas quitar de nuestras cabezas este yugo de bestial servidumbre, y volver á la antigua franquicia y libertad de nuestra querida patria y nacion germánica» (1). La espoliación del elector de Sajonia y la cautividad del landgrave demuestran que no faltaba fundamento á los temores de los príncipes alemanes. No es, pues, cierto que se dejáran engañar por el rey de Francia: Mauricio, que engañaba á los demas, no era hombre que se dejase engañar; si apeló al extranjero, es porque sabía muy bien que los protestantes no eran capaces de resistir á Carlos V. No pudiendo salvarse por sí mismos, les fué necesario aceptar el apoyo del extranjero, y pagarlo con el sacrificio de una parte del Imperio.

Enrique IV volvió á insistir en los proyectos de los Valois, engrandeciéndolos con su genio. El cuchillo de Ravallac paralizó su ejecucion, y aún dejó alguna duda sobre la importancia de lo que él llamaba su *gran proyecto*. Sully, su amigo, nos ha transmitido una especie de utopia política, de la cual volveremos á ocuparnos; no era esta evidentemente la idea práctica que su señor pensaba realizar. La política, aunque inspirándose en el ideal, tiene que encerrarse en los límites de lo posible. Bajo este punto de vista es fácil precisar el objeto real que se proponía Enrique IV. Ya ántes de su advenimiento al trono habia tratado de unir á los Estados protestantes contra la casa de Austria; despues de su conversion y coronacion, no tenía ya motivo religioso para formar una liga protestante; pero el temor de la monarquía universal bastaba para legitimar la alianza de los príncipes y de las repúblicas que podian temer la ambicion de un poder preponderante. Creemos, pues, que Sully exprese fielmente los sentimientos del rey, cuando dice: «Que no tenía nada tan bien grabado, ni tan vivamente impreso en el corazon, como el poder hacer una firme y sólida union con todos los reyes y Estados de la rama francesa (la mayor

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. IV, P. 3.^a, p. 31.

parte de los cuales sabía que eran protestantes, ó por lo ménos, enemigos de Roma y de España) para la destruccion de esta casa, que veia bien tenía el designio, iniciado por Carlos V, de aspirar por fuerza ó por fraude á la monarquía de la cristiandad» (1).

Aquel *gran proyecto* ¿tendia, como dicen los historiadores alemanes, á reemplazar la dominacion española por la dominacion francesa? Para apreciar la política de Enrique IV no tenemos más elementos de conviccion que las confidencias de Sully; ahora bien, aún tomando al pié de la letra sus proyectos de reorganizacion europea, no vemos en ellos nada que justifique la acusacion que se le dirige. La Francia hubiera obtenido la Saboya, la Lorena y algunas provincias de los Países Bajos españoles. De suerte que no alcanzaba ni aún la frontera del Rhin, esa ambicion tan cara á la nacion francesa y tan odiosa á la Alemania. En cuanto al repartimiento de los Países Bajos, era tan provechoso para las Provincias Unidas y para la Inglaterra como para la Francia; no era siquiera un proyecto de Enrique IV, sino una idea antigua emitida ya en tiempos de Carlos IX. El *gran proyecto* no era tampoco un acto de espoliacion sin más legitimidad que la de la fuerza. En efecto, la coalicion iba dirigida contra la rama española de la casa de Austria, mucho más que contra la rama alemana; se trataba de quitarle los Países Bajos y la Italia. ¿Tenía Enrique IV un motivo justo para hacerle la guerra? Hé aquí toda la cuestion. Hemos dicho ya que la paz de Vervins no impidió que la córte de Madrid continuase sus intrigas en Francia, excitando á los grandes del reino y á los restos de la liga contra el rey. Enrique IV, irritado por aquella guerra sorda, dijo á Sully: «Creo que esas gentes no me dejarán en paz mientras tengan medios de mortificarme; que los intereses de Estado son muy dificiles de compartir entre las dos coronas, y que hay que tomar otras seguridades más que una simple confianza en la fe y en la palabra dada para vivir tranquilo. Me obligarán á hacer cosas en que no habia pensado» (2). Richelieu al exponer el estado de hostilidad que existia entre es-

(1) SULLY, *Economías reales, políticas y militares*, t. II, p. 284 (edic. de Amsterdam).

(2) POIBSON, *Historia de Enrique IV*, t. II, p. 928-931.

pañoles y franceses, bajo las apariencias de la paz, hace notar cuán desastroso era para Francia: «Desde el tratado de Vervins, dice, hemos estado siempre por malicia suya más bien en guerra defensiva que en paz con ellos; lo cual ha sido muy desventajoso para nosotros, porque el hacer la guerra de esta manera es propiamente asemejarse á un aprendiz de esgrima, el cual en cuanto se siente tocado por su contrario, lleva inmediatamente la mano á la herida y la cubre, sin pensar en atajar á su contrario, y quitarle, atacándole, los medios de hacerle daño. No era razonable que siempre estuviésemos así; vale más una guerra declarada por ambas partes, que una paz mala y fraudulenta por una parte» (1).

La historia debe deplorar la muerte de Enrique IV lo mismo que la de Gustavo Adolfo. Pereció, víctima del fanatismo católico, en el momento en que iba á ponerse á la cabeza de su ejército para llevar á cabo sus vastos proyectos; el mundo esperaba que saliese airoso; ya los poetas cantaban la entrada triunfal de Enrique en Viena y en Madrid, y la humillacion de la casa de Austria (2). La victoria de la liga protestante hubiera evitado los horrores de la guerra de los treinta años. Aunque emprendida con un objeto político, la guerra contra el emperador y contra la España hubiera consagrado la libertad religiosa en toda la cristiandad, puesto que los miembros de la liga eran todos partidarios de la confesion protestante, y que al combatir al rey de España y al emperador, combatian á los jefes de la reaccion católica. Enrique IV hubiera dado á la Alemania la paz de religion, sin obligarle á pagar este beneficio con el desmembramiento de su territorio. El cuchillo de Ravaillac retrasó en un siglo los progresos de la humanidad.

No podemos penetrar el secreto de la muerte: este secreto pertenece á Dios. Hay, sin embargo, una leccion en esos golpes funestos y repentinos, que debieran aprovechar los pueblos; es preciso que se organicen de manera que la muerte de los que están llamados á gobernarlos no dificulte su porvenir. Nunca ha sido más funesta la condicion de hereditario del poder real que en Francia

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. VIII, p. 213.

(2) D'AUBIGNÉ, *Historia universal*, t. III, p. 543.

despues del asesinato de Enrique IV. Un gran príncipe es reemplazado por un niño, y los destinos de la Francia, que iban á ser tan gloriosos, flotan abandonados bajo el más miserable de los gobiernos. Esto sólo basta para probar que la monarquía absoluta no entra en los planes de Dios; las naciones deben cuidar por sí mismas de su suerte, poniéndola á cubierto de la inestabilidad que produce la herencia del poder supremo. El poder real debe ser un elemento de conservacion y no un principio de debilidad y de trastorno; es preciso, pues, que sea hereditario, pero es preciso tambien que la soberanía no se concentre en una sola cabeza.

N.º 2.—*Richelieu.*

I.—*El rey y el ministro.*

En el momento en que la mano de un fanático dió la muerte á Enrique IV, el rey poseía un ejército poderoso, y la economía de Sully le habia proporcionado tesoros que permitian la realizacion de sus grandes proyectos. La regente, bajo la influencia de los católicos y del partido español, encontró medios de aminorar la Francia malgastando todos sus recursos. Cuando despues de una serie de favoritos, unos más miserables que otros, llegó al poder Richelieu, encontró el reino desgarrado por las facciones, los hugonotes en armas y la Hacienda destruida. Tal fué el resultado de algunos años de un gobierno detestable. La Francia de Enrique IV estaba pronta á desempeñar el primer papel en los negocios de Europa, al paso que la Francia de Luis XIII no tenía ni soldados ni dinero; estaba tan debilitada, que le fué imposible tomar parte en la lucha empeñada en Alemania. Cuando las circunstancias le obligaron á intervenir, no encontró más que derrotas; fué necesario el genio de Richelieu y su perseverancia para devolverle el lugar que le correspondia en el mundo político.

En el momento en que estalló la guerra de los treinta años Richelieu no era todavía ministro. ¿Cuál fué la política de la corte ántes del advenimiento del gran cardenal? En 1619 Fernando envió á Francia un embajador para pedir el apoyo del rey cristiani-

simo: presentaba la guerra excitada por la insurreccion de la Bohemia como una lucha del poder real contra el espíritu revolucionario, y de la Iglesia contra la herejía. Estos sofismas fueron refutados por el mariscal de Bouillon, que sostuvo los verdaderos intereses de la Francia en una carta notable dirigida á Luis XIII: «Es cosa muy conocida, dice, que el emperador Fernando, viendo la autoridad de su casa casi enteramente perdida en Alemania, y no teniendo apénas esperanza de restablecerla con sus propias fuerzas y con las de España, quiere convertir su interes particular en una causa comun de religion, é invitar á todos los príncipes católicos á ayudarle á recobrar lo que pierde.» El mariscal hace ver que no se trata de la religion católica, puesto que las leyes establecen la libertad de conciencia en el reino de Bohemia; despues continúa: «Puesto que la guerra es puramente política, ¿querrá Vuestra Majestad declararse por la casa de Austria contra el jefe de la casa palatina, aliado de la vuestra?..... Si V. M. quiere tomar resolucion en este asunto, creo, señor, que conviene á vuestra prudencia y al bien de vuestro Estado preferir los mejores y los más antiguos aliados de la corona, y socorrerlos, si lo necesitan, para contener los progresos que la casa de Austria quisiera realizar á costa de los príncipes incapaces de resistirla. Los reyes, vuestros predecesores, han favorecido siempre á los que ella trataba de oprimir» (1). Luis XIII, ó por mejor decir, el favorito que gobernaba en su nombre, se decidió por el emperador. Se vió, pues, á la Francia intervenir como potencia mediadora en favor de la casa de Austria, contra la cual no habian cesado de luchar los más débiles de los Valois. ¡Hé aquí hasta dónde rebajó aquel poderoso reino el régimen católico!

La intervencion de la Francia fué fatal para el elector palatino. Despues de la victoria de Fernando y del abuso que hizo de ella, ya no podia quedar duda sobre la conducta que la Francia debía seguir. No faltaron á Luis XIII buenos consejos; sus embajadores en Alemania le dirigieron una Memoria, en la que hicieron presente la necesidad de socorrer al desdichado *rey de invierno*. Si se le abandona á sí mismo, dicen, sucumbirá, y ¿qué resulta-

(1) *Mercurio frances*, del año 1619.

rá? Que el emperador será dueño absoluto de la Alemania. «Ahora bien; si manejára sin contradiccion el cetro del imperio, difundiria el terror por toda la cristiandad. Todo el mundo tendria que estar en guardia contra el proyecto ambicioso de su monarquía universal.» Los embajadores preveian que se procuraria influir sobre Luis XIII por medio de consideraciones religiosas; responden de antemano que Austria no se sirve del catolicismo más que para encubrir su ambicion: «Si los reyes de España toman el título de católicos, no es en el sentido de la Iglesia, cuyo interes les importa muy poco; piensan más en el imperio católico y universal del mundo que en ninguna otra cosa» (1). Luis XIII conoció la exactitud de estas observaciones; declaró que «era oportuno detener la corriente de las prosperidades del emperador y no favorecer más su engrandecimiento» (2). El rey tenía muchísima razon; sin embargo, triunfaron las intrigas de los católicos. Luis XIII dejó consumir la ruina del elector palatino, y su miserable política no se opuso en nada á que la casa de Austria extendiese su preponderancia por toda Europa.

Tal era la política real cuando Richelieu apareció en la escena; hizo ver la influencia que ejercen los grandes hombres en los destinos de las naciones. La Francia era débil y nula su consideracion; el cardenal la hizo la primera potencia de la cristiandad. Bajo su largo ministerio, Luis XIII quedó eclipsado; el ministro fué el verdadero rey. Pudiera creerse que la monarquía absoluta, que acabamos de condenar como un principio de debilidad, se convirtió en un instrumento de fuerza en manos de Richelieu. No es así. Durante su reinado de diez y ocho años, no pasó un día sin una intriga de corte hostil al ministro; tuvo que gastar más genio para descubrir aquellos complots incesantes y para conservar el favor del rey, que para combatir á la casa de Austria. Escuchemos á un contemporáneo: «Entre los grandes negocios que tenía que sostener el cardenal, tanto dentro como fuera del reino, nada le daba más trabajo que el gabinete; porque aunque tenía gran ascendiente sobre el ánimo del rey, observaba que le temia más que

(1) *Embajada del duque de ANGULEMA*, p. 348 y sig.

(2) *IBID.*, p. 536 y sig.

le amaba, y que lo que le mantenía bien con él era la desconfianza que tenía de sí mismo, no sintiéndose capaz de sostener los grandes negocios que pesaban sobre él. Esto es lo que le obligaba á cuidar de que nadie se acercase á él, si no era hechura suya; si había alguno que no fuese de su devoción, en el momento mismo lo perdía ó lo ganaba por medio de beneficios» (1). Si el cardenal hizo la grandeza de la Francia, fué á pesar del rey y á pesar de la corte. En definitiva, el despotismo fué un obstáculo lejos de ser un apoyo.

Richelieu continuó la política de Enrique IV. Renovó la alianza con las Provincias-Unidas, que había quedado olvidada, dice, con ventaja de la España y con gran perjuicio de la Francia: «El velo de la religión servía de excusa á aquellos á quienes el interés de los negocios particulares tenía tan ocupados que perdían el cuidado de los públicos. Aducían la consideración de Roma como un pretexto especioso para hacer abandonar los Estados. El cardenal afirmó que en Roma, más que en cualquiera otra parte del mundo, se juzga de las cosas tanto por el poder y la autoridad como por la razón eclesiástica, puesto que el papa mismo sabe que los príncipes se ven muchas veces obligados, por razón de Estado, á hacer cosas completamente contrarias á sus sentimientos.» Richelieu opinaba que la alianza de la Holanda no era de poca importancia para la seguridad de la Francia, porque debilitaba la casa de Austria y aseguraba la frontera de los Países Bajos, que es la puerta más cómoda para los enemigos del reino. Si, por el contrario, abandonaba el rey las Provincias-Unidas, sería de temer que se uniesen con España, «lo cual sería propiamente la renovación de la antigua alianza de los Países Bajos con la casa de Borgoña, siempre deseada y pretendida por los reyes de Inglaterra, y juzgada útil también por los reyes de España para cobrar fuerzas contra nosotros» (2).

Para impedir la alianza posible de la España, de los Países Bajos y de la Inglaterra, Richelieu celebró el casamiento de una hija de Enrique IV con Carlos I. Hubo una viva oposición contra

(1) *Memorias de MONTGLAT*, en PETITOT, segunda serie, t. XLIX, p. 369.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 312-315.

los casamientos ingleses; en el partido devoto, en Roma misma, encontraron resistencia. El cardenal hizo ver á la Santa Sede que la unión de la Francia y de la Inglaterra disminuía el poder de la España, y que convenía á toda la cristiandad humillar el orgullo español. Añadió que «el poder espiritual del papa tendría tanto más peso cuanto más considerable fuese su autoridad temporal, y que ésta no podía encontrar gran fuerza más que en la igualdad que debía existir entre las principales coronas de la cristiandad» (1).

Como las cosas se hacían interminables en la corte de Roma, Richelieu declaró que se pasarían sin las dispensas pontificias; entonces el santo padre se apresuró á enviarlas.

Todas las acciones, todos los pensamientos del cardenal no tenían más que á un solo fin: debilitar á la casa de Austria, y sobre todo á la rama española, con la cual había luchado siempre la Francia. La España dominaba en Italia; abusó de su influencia para apoderarse de la Valtelina. En sus *Memorias* Richelieu explica admirablemente la importancia europea de aquel asunto que, á primera vista, parecía tan pequeño: «No se puede dudar, dice, que los Españoles aspiran á la monarquía universal: el gran obstáculo que han encontrado hasta hoy es la separación de sus Estados. Para hacer pasar sus ejércitos de Italia á Flándes tenían que emprender un largo y penoso camino por las Suizas y que pedirles paso, ó bien al duque de Saboya, que estaban en libertad de concederlo ó no. Teniendo la Valtelina unían sus tierras de Austria con las de Milan, y por consiguiente sus estados de Italia con los de Flándes.» La posesión de la Valtelina daba á la monarquía española lo que la faltaba; la fuerza de la unidad: «Estos pasos, dice Richelieu, en manos de los Españoles pueden llamarse las cadenas de la cristiandad, con tanto motivo como Filipo de Macedonia decía que el fuerte de Acrocorinto, que estaba á la entrada del Peloponeso, era la cadena con que tenía cautiva á la Grecia» (2). Los Españoles habían entregado la Valtelina en depósito al Papa: la ventaja era la misma para ellos, puesto que dominaban en Roma y contaban con que un príncipe de la Iglesia

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 302, 311 y sig.

(2) *Id., ibid.*, p. 388-391.

no se atrevería á atacar á la Santa Sede; pero no habian contado con la audacia del cardenal. Richelieu empezó por negociar, y despues recurrió á la fuerza. Hubo accesos de cólera en la córte pontificia; un nuncio amenazó al omnipotente ministro con las armas espirituales de la Santa Sede. El Papa se guardó muy bien de seguir estos consejos: la edad de las excomuniones habia pasado para siempre (1).

Cuando se hizo la paz en Italia el cardenal volvió sus miradas á Alemania. El emperador estaba á punto de ser dueño absoluto del imperio. Richelieu quiso «restablecer la Alemania en la justa balanza en que debia estar, y por consiguiente restablecer en sus Estados á los príncipes despojados» (2). Las continuas insurrecciones de los hugonotes no permitian al ministro de Luis XIII aventurarse en una guerra extranjera; se contentó con socorrer pecuniariamente á Mansfeld y al rey de Dinamarca. Solamente despues de la toma de la Rochela pudo disponer el cardenal de las fuerzas del reino; su primera palabra fué declarar al rey «que en su política exterior debia tener un propósito perpétuo de detener los progresos de España» (3). Este era el *gran proyecto* de Enrique IV, sólo que para el cardenal la guerra de los treinta años, en la que iba á empeñarse, no tenía nada de religiosa: príncipe de la Iglesia, no podia querer la preponderancia del protestantismo. Sin embargo, la cuestion política y la cuestion religiosa estaban tan íntimamente unidas que era imposible separarlas. El cardenal lo intentó, pero en vano. Manifestó al duque de Baviera, jefe de la Liga católica, que el interes de todos los príncipes alemanes estaba en oponerse al creciente poder del emperador; que el mejor medio de mantener la libertad germánica era quitar la corona imperial á la casa de Austria. Excitó al duque á ocupar el lugar de Fernando, asegurándole el apoyo del rey y de sus aliados (4). Richelieu fué aún más léjos. Cuando Gustavo Adolfo tomó á su cargo la causa del protestantismo, el cardenal aconsejó á los príncipes alemanes, protestantes y católicos, que se unie-

(1) LEVASSOR, *Historia de Luis XIII*, t. II, p. 685 y sig.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. III, p. 184.

(3) *IBID.*, t. IV, p. 248.

(4) *Memorias de RICHELIEU*, t. V, p. 111 y sig.

sen para obligar al emperador á darles una paz que dejase garantidos sus derechos; les dijo que si se declaraban unos por Fernando y otros por el rey de Suecia «sería el colmo total de la ruina de su patria; que teniendo todos el mismo interes, debian hacer causa comun contra el enemigo comun» (1).

Richelieu insistió más de una vez sobre el proyecto de una Liga general de los príncipes alemanes contra la casa de Austria (2). Nada más acertado bajo el punto de vista político. Si no hubiera habido más interes comprometido en la lucha que la libertad alemana, no se comprendería por qué los príncipes de Alemania continuaron desgarrándose entre sí en lugar de unirse contra aquel de quien provenía el mal, como dice Richelieu. Pero habia además la cuestion religiosa, que el cardenal no queria tener en cuenta. La religion dominaba á la política. Hé aquí por qué el duque de Baviera siguió siendo aliado fiel de Fernando á pesar de las solicitudes de la Francia. La oposicion religiosa era demasiado fuerte para que fuese posible la union entre los príncipes protestantes y católicos. Dan tentaciones de deplorar estas divisiones como el mayor mal de la Alemania, porque como lo predijo Richelieu, consumaron su ruina. Pero la oposicion del catolicismo y del protestantismo era precisamente la causa de la guerra, y la lucha entre ambas confesiones era inevitable, como hemos dicho en otra parte. Era, pues, vana empresa el querer borrar las divisiones religiosas, sin las cuales no hubiera habido guerra.

A primera vista es difícil comprender por qué razon se empeñaba tanto Richelieu en conseguir la union de los príncipes de Alemania. En efecto, aquella union, si bien imponia la paz al emperador, hubiera impedido tambien el desmembramiento del imperio, y por consiguiente, el engrandecimiento de la Francia. ¿No estaba esta política en contradiccion con la ambicion francesa? Para apreciarla es preciso colocarse en medio de los acontecimientos y tener en cuenta la incertidumbre de los combatientes respecto de los resultados de la lucha. Las victorias de Gustavo

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. VI, p. 542-544.

(2) *IBID.*, t. VII, p. 280, 299; t. VIII, p. 235.

Adolfo alarmaban al cardenal tanto como las de Fernando; no le convenia más un imperio luterano que un imperio católico, y bajo el punto de vista de los intereses franceses tenía razon. Hé aquí por qué buscó constantemente la alianza de la Baviera, aun cuando era aliado de la Suecia; contemporizaba con los príncipes católicos para servirse de ellos, en caso de necesidad, contra la ambicion sueca. La fortuna le sirvió á medida de su deseo: la muerte del rey de Suecia, la derrota de Nordlingen, la defeccion de la Sajonia, acabaron por hacer á la Francia el árbitro de los destinos de la Alemania. Por el tratado de Westfalia ganó la Alsacia, que el cardenal habia codiciado constantemente á través de todas las vicisitudes de la guerra.

II.— *La ambicion y el engrandecimiento de la Francia.*

Richelieu acusaba á la casa de Austria en todas ocasiones de aspirar á la monarquía universal; este era el peligro que invocaba para legitimar la guerra implacable que hacia á la España y al emperador. Hacia el final de la lucha, la corte de Viena volvió contra la Francia la misma acusacion. Se lee en una *Advertencia á los embajadores franceses en Munster* (1), emanada de la cancillería imperial: « Ya hemos visto estatuas del rey de Francia que tenían á sus piés los pueblos de la Europa en ademan suplicante; hemos visto inscripciones de sus retratos en que se le llama el conquistador del universo; hemos visto una tragicomedia de la Europa vencida; hemos visto un *Júpiter frances* arrebatando á Europa sobre sus hombros. ¿ Quién puede dudar del proyecto que han formado de invadir la Europa entera, cuando se ve el tratado de *Cassan* impreso por orden del rey? En él se ven las pretensiones inauditas de esta corona; diríase que se ha tratado de preparar los ánimos y de establecer los fundamentos de esa enorme dominacion. »

El último punto de acusacion merece un momento de atencion.

(1) *Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. I, p. 264.— Estas acusaciones se encuentran ya en el *Mars gallicus*, II, 16, p. 293.

Richelieu encargó á dos sabios, *Dupuy* y *Godefroi*, que hicieran el inventario de las cartas é investigasen los derechos de toda especie que pudiera tener la corona de Francia sobre los países inmediatos. La obra de *Dupuy*, redactada ya en 1631, no apareció hasta 1655 bajo el título de *Tratado relativo á los derechos del rey cristianísimo sobre varios Estados y señoríos poseídos por diversos príncipes vecinos, recopilado del tesoro de las cartas del rey*. Antes de esta publicacion oficial, *Jacobo de Cassan*, consejero del rey, escribió una obra análoga, titulada *La investigacion de los derechos del rey y de la corona de Francia sobre los reinos, ducados, condados, villas y países ocupados por los príncipes extranjeros, pertenecientes al rey cristianísimo, por conquistas, sucesiones, compras y otros títulos; conjunto de sus derechos sobre el imperio*. El libro, dedicado al cardenal Richelieu está concebido en el mismo orden de ideas que el trabajo de *Dupuy*; es más que probable que *Cassan* ha tenido noticia de los títulos recogidos por el sabio bibliotecario. Las dos obras no forman, pues, más que una sola: vamos á analizarlas para dar una idea de las pretensiones francesas.

El objeto de estas singulares publicaciones, confesado por *Cassan* en su epístola á Richelieu, era justificar las conquistas de la Francia, probando que no hacia más que reivindicar lo que le pertenecia: « Sus laureles, dice, se fundarán en la justicia más que en las armas. » Pero aquella justicia tenía una singular elasticidad; era más bien una ambicion gigantesca, inspirada por una vanidad igualmente monstruosa. Diríase que la Francia habia heredado el orgullo español; desde el momento en que atacó á la casa de Austria, reveló pretensiones que sobrepujaban seguramente á las de sus rivales. Se lee en un *Discurso de Estado sobre la necesidad de hacer la guerra á España*, publicado en 1595 (1): « La Francia es el alma del mundo, que solamente por ella tiene movimiento: es el espejo de las jerarquías celestes, es la forma esencial de una verdadera y perfecta monarquía, es un quinto elemento para los hombres en general. » Este mismo desenfado respira en la obra de *Cassan*: « Entre todos los reyes que mandan en el universo, Dios ha escogido por prerogativa los reyes de Francia

(1) *Memorias de la Liga*, t. VI, p. 308.

para grabar en sus majestades los rasgos y lineamientos más augustos de su divinidad..... Ha querido que su corona fuese de un oro más fino que la de todos los demás reyes, y que fuese única por su dignidad entre las coronas de la tierra, como no hay más que una corona entre los astros.» *Cassan* expresa en términos magníficos la grandeza de Francia; lo que le parece más maravilloso es que los más grandes monarcas que reinan hoy proceden de sus reyes: «Es la reina de las naciones, es la señora de los reinos; se asemeja á la antigua Italia, la cual aparecía en las antiguas medallas rodeada de cetros que sostenían un globo.»

Dejemos á un lado estos ditirambos y veamos los títulos: «Los más poderosos Estados de Europa, dice *Cassan*, no son más que florones y piezas eclipsadas del reino de Francia: la violencia de los años y la injuria de la fortuna han podido separarlas de la legítima dominación de nuestros reyes, pero no privarles de sus derechos, puesto que la justicia, tutora de las coronas de los príncipes y diosa tutelar del mundo, los conserva todavía en su templo enteros é inviolables.» Esto sólo basta «para hacer al rey de Francia monarca de casi toda Europa y aumentar su imperio con la mejor parte del mundo.» En vano se opone la prescripción; no se puede prescribir contra las coronas y soberanías, puesto que los reyes están sobre las leyes que han introducido la prescripción: Los años que todo lo destruyen rinden homenaje á sus cetros, sin poder tocar á sus sagradas diademas.» *Cassan* tiene además otra razón para poner á los reyes á cubierto de la prescripción, y esta merece atención, porque se la encuentra reproducida en las *Memorias* de Richelieu: «La posesión continuada, dice el cardenal, no da ningún derecho en materia de reinos, puesto que nunca hay prescripción entre los príncipes, que no reconocen tribunal ante el cual puedan comparecer, y son por consiguiente admitidos siempre á demandar sus derechos y á recobrarlos por la fuerza» (1).

Tal es el principio. Es más que un sofisma de escritor, es una máxima de Estado; veamos las maravillosas consecuencias que sacan de ella *Cassan* y *Dupuy*. La Castilla pertenece á los reyes

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. VII, p. 404.

de Francia como descendientes de Carlomagno; este título hereditario ha sido confirmado por la reina Blanca. Aragón y Cataluña son igualmente conquistas del gran emperador; la casa de Anjou ha renovado estos antiguos derechos. Es inútil insistir sobre la Navarra; la posesión de los Españoles es una usurpación evidente, puesto que nuestros monarcas llevan el título de rey de Navarra. Los primeros príncipes que reinaron en Portugal han salido de la familia real de Francia; este título, en lugar de debilitarse con el tiempo, «se ha robustecido por su larga duración.» Ya tenemos la casa de Austria despojada de la Península. Todavía cuesta ménos trabajo á estos teóricos el arrebatarnos sus posesiones de Italia. *Cassan* enumera nada ménos que diez títulos que dan á los reyes de Francia derecho al reino de Nápoles: los más preciosos, dice, son los que llevan el sello de la antigua piedad de los príncipes franceses respecto de la Santa Sede y de su celo por la defensa de la Iglesia contra sus enemigos. *Dupuy* añade que los Españoles son unos espoliadores, que no poseen á Nápoles más que por la violencia. En cuanto al ducado de Milán «es, sin contradicción, uno de los florones de esa corona, que ha sido eclipsado por los extranjeros de la obediencia de nuestros reyes; pero no obstante su indebida ocupación, ese Estado, uno de los más bellos miembros de Italia, transmitido á nuestros príncipes por la legítima sucesión de la casa de Orleans, forma parte de la Francia y está comprendido en el ámbito de su corona.» Génova, según *Cassan*, pertenece á la Francia desde Carlomagno: *Dupuy* invoca además un título más moderno, la cesión consentida en 1395 por la inmensa mayoría de los órdenes de la república; la cesión fué confirmada tres veces en diversas épocas. El escritor francés apela solemnemente á la justicia para reclamar los derechos de la Francia respecto de Flándes y de todos los Países Bajos: «Si la casa de Austria quisiera someterse al juicio medido en balanza fiel con pesos exactos y medido por mano imparcial de jueces no interesados, habría que convenir en que los derechos del rey sobre Flándes son tan claros, y la justicia de sus pretensiones tan poderosa, que se juzgaría en toda equidad que Flándes es una pieza del cuerpo de este reino, un florón separado de la corona de Francia, un círculo de su sistema, en suma, un rayo eclipsado de

esta monarquía. » ¡Qué importa que los reyes de Francia hayan renunciado á su soberanía por medio de tratados formales! Aquellas cesiones fueron arrancadas por la violencia, y el tiempo, dice Dupuy, no encubre este vicio, sino que lo aumenta. No se puede negar que la Alemania es un antiguo miembro del reino de Francia, conquistado por el derecho de las armas. La dignidad imperial pertenece á los reyes cristianísimos como sucesores de Carlomagno. Cassan se había olvidado de Inglaterra: Dupuy se acordó de ella. En 1216, dice, el hijo de Felipe Augusto fué elegido rey de Inglaterra con consentimiento de la nobleza, del clero y del pueblo; ha transmitido su derecho á sus sucesores. Es verdad que los reyes de Inglaterra reivindican la corona de Francia en virtud de una cesion análoga; pero el publicista frances responde que el tratado está viciado en su esencia por haberlo hecho un rey que no estaba en su cabal juicio.

Estas pretensiones, que hoy nos parecen completamente necias, eran admitidas en el siglo XVII como títulos incontestables. Cassan y Dupuy eran legistas; los teólogos sostenian las mismas doctrinas. En 1634 un doctor de la Sorbona, teólogo de la iglesia de Dijon, dijo que los franceses eran herederos legítimos del Imperio, el cual comprendia todas las Galias, la Italia entera, la Alemania, la Hungría, la Polonia, la Rusia, la España hasta el Ebro: «El emperador ó sus predecesores nos han usurpado el Imperio; debe restituirlo á los legítimos sucesores de Carlomagno. Todos los otros pequeños príncipes de Europa no tienen más que lo que nos han invadido durante los disturbios de la monarquía. Estos injustos poseedores no pueden detener en conciencia las tierras que han usurpado.» El autor cree que es un deber de conciencia del rey cristianísimo reivindicar la herencia de sus antepasados (1). ¡De suerte que la ambicion de la Francia no era ya ambicion, sino deseo de justicia! Todo esto parece completamente ridículo. Pero hay en esta doctrina una idea nueva que empezaba á germinar en Francia, y que es mucho más peligrosa que el pretendido derecho invocado por los escritores franceses, la de las fronteras naturales.

(1) *Cuestiones resueltas*, por BESSAN AVROY, doctor en teología, impresa en 1634 con privilegio y aprobacion de los doctores, p. 110, 38, 100, 93 y 98.

Cassan se apoya en ella para reclamar el Rosellon, que se encuentra, dice, en los límites de la Francia, que parecen puestos por la misma naturaleza. Esta era tambien la política de Richelieu: «El propósito de mi ministerio, dijo al morir, ha sido dar á las Galias las fronteras que les ha destinado la naturaleza, identificar la Galia con la Francia y restablecer las nuevas Galias donde han estado las antiguas» (1). Esta era la política inaugurada por los hugonotes. Richelieu abandonó decididamente las conquistas lejanas; si hizo la guerra de Italia, fué únicamente, como él mismo lo dice, para arrojar á los españoles y poner en su lugar príncipes italianos. El cardenal expuso su sistema al rey, ya en 1629, cuando la toma de la Rochela le permitió pensar en la grandeza de la Francia: «No se debe, dice, imitar á los españoles, los cuales siempre están pensando en aumentar su dominacion y ensanchar sus límites. La Francia no debe pensar más que en fortificarse en sí misma; es preciso fortificar á Metz y avanzar hasta Estrasburgo, si es posible, pero sin chocar, empleando, por el contrario, mucho tiempo, gran discrecion y conducta pacífica y cautelosa. Tambien se podría pensar en Navarra y en el Franco-Condado, como contiguos á la Francia y pertenecientes á ella, y fáciles por otra parte de conquistar; pero por el momento conviene aplazar esta conquista» (2). Lo que Richelieu queria, ante todo, era extender el reino hasta el Rhin (3).

El cardenal encubria su política exclusivamente francesa con el nombre de la libertad de Alemania; de aquí las amargas acusaciones de los historiadores alemanes contra la Francia. «Ella es, dicen, la que perpetuó la guerra durante treinta años para despojar al Imperio so pretexto de emanciparlo. Tuvo por cómplices de su culpable ambicion algunos príncipes protestantes que, por codicia y por odio contra el Austria, hicieron traicion á la causa de su patria para servir al extranjero» (4). Los historiadores alemanes olvidan los principales cómplices de la ambicion francesa: el em-

(1) RICHELIEU, *Testamento político*. (MARTIN, *Historia de Francia*, t. XI, página 216, nota 2.)

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. IV, p. 248-250.

(3) *IBID.*, t. VII, p. 274.

(4) BARTHOLD, *Der grosse deutsche Krieg*, t. I, p. 34 y sig.